

de estos sentimientos: «La negligencia del emperador, dice *Raynaldi*, dió fuerzas á la herejía, al paso que el suplicio de Lutero y de unos cuantos hombres hubiera salvado millares de almas» (1). ¡Pensamientos tan estériles como culpables, como todos los que alimentan los partidarios de instituciones que el tiempo arrastra en su marcha progresiva! Esto es echar de ménos lo imposible, porque la humanidad no puede volver atrás. Esto es oponerse á la vida y al movimiento, porque es una ley de la humanidad el avanzar continuamente.

Desde el punto de vista del progreso debemos condenar la política de Carlos V, debemos negarle un lugar entre los hombres á quienes la humanidad reconocida da el título de *grandes*. Los neocatólicos hacen de Carlos V un ideal, «el tipo del emperador cristiano, el tipo de un grande hombre, desconocido por los hombres; el defensor de la fe y de la unidad religiosa» (2). ¿Cuál es la unidad cristiana que Carlos V quería mantener? La dominación de una Iglesia exclusiva, intolerante por esencia, incompatible con la independencia de las naciones y con la libertad del espíritu humano. La gloria inmortal del protestantismo es el haber quebrantado esta falsa unidad. Carlos V ha querido, pues, sostener una institucion que estaba condenada á morir y que estaba ya muerta en la esfera de las ideas. Si hubiera triunfado, la Reforma hubiera sucumbido con los gérmenes de libertad que contenía en su seno. Bajo este punto de vista no carecen de razon los protestantes al maldecir la memoria de aquél que fué su enemigo irreconciliable; en lugar de ponerle entre los grandes hombres, dicen que merece un lugar distinguido entre los enemigos de la humanidad. Añaden que, si hubiera abierto su alma á las nuevas ideas, la Reforma se hubiera extendido por toda Europa y la faz del mundo hubiera cambiado (3). No pidamos á los príncipes lo que no pueden hacer por las circunstancias en que se hallan colocados. Carlos V era el protector nato de la Iglesia y del cristianismo tradicional; debía ser, pues, el hombre del pasado, el de-

(1) RAYNALDI *Annales*, 1530, núm. 50.

(2) F. SCHLEGEL, *Vorlesungen über neuere Geschichte*, leccion XI (t. XI, página 211, 216).

(3) EDINBURGH REVIEW, *Januar* 1855, p. 92, 74, 75.

fensor del Imperio y de la unidad cristiana. Así considerado, tiene su mision, como el catolicismo. Esto no impide que la Historia reserve su admiracion para los que guían á la humanidad hácia el término de sus destinos y que la niegue á los que la detienen en su marcha.

§ II.—Felipe II.

N.º 1. — *Felipe II, ideal de un príncipe católico.*

I.

Felipe II es proclamado como salvador del catolicismo, tanto por sus adversarios, como por sus partidarios. Esta gloria, si es que hay gloria en ello, no es de esas que á veces crean los historiadores, inventando para su héroe un papel de que éste no tenía conciencia. El Rey de España decia de sí mismo: «que era la columna de la Iglesia; que ésta era su mision divina» (1). Los jefes del mundo católico, los vicarios de Cristo, le han concedido el mismo honor. Aunque enemigo encarnizado de Felipe, Pablo IV reconocia «que cuidaba tanto de la religion como otros príncipes de su grandeza; que se inquietaba más por la integridad de la fé católica que los demas por la salvacion de su reino; que tenía en sí el alma de un rey y á la vez el alma de un sacerdote» (2). Pablo IV dijo al embajador de Felipe II que el Rey su señor era el apoyo del catolicismo, y que la única esperanza de la Santa Sede se fundaba en él (3). Este papel de defensor armado de la Iglesia hizo de Felipe en el siglo XVI el nombre más popular y más querido entre las poblaciones católicas. Se hablaba de él como de un enviado de Dios, de un santo, de un segundo Constantino, escogido para llevar á todas partes la bandera del Crucificado y para mantener la paz de la cristiandad conmovida. «Como era el refugio y el apoyo de los católicos, decian, merecia llamarse, no sola-

(1) HANKE, *Fürsten und Völker*, t. I, p. 123.

(2) RAYNALDI *Annales*, 1557, 35.

(3) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. VI, p. 399.

mente Rey Católico, sino Rey de los católicos» (1). Estos testimonios de veneración son recogidos hoy con afán por los fanáticos restauradores de lo pasado; tratan de rehabilitar la memoria del Rey á quien hace mucho tiempo ha llamado la Historia el demonio del Mediodía; si no lo pintan como un ángel, procuran al menos presentarlo como el ideal de un príncipe católico. ¡Ciegos! No comprenden que, idealizando á Felipe II, prestan muy mal servicio á la causa que quieren defender. Es cierto que Felipe II es el ideal de un príncipe católico; pero este ideal, si absuelve al hombre bajo ciertos conceptos, es la condenación más patente de la doctrina; cuanto más inocente es el Rey, más culpable es la religión que le ha inspirado.

Guillermo de Orange llama á Felipe II «el hijo mimado de la Santa Sede Apostólica» (2). Y, en verdad, no ha habido nunca príncipe que haya contraído más méritos con el Pontificado; lo sacrificó todo, hasta su ambición, á los intereses del catolicismo; por mejor decir, su ambición, que no carece de grandeza, se confundía con el triunfo de la Iglesia, de quien era el brazo armado. El catolicismo enseña que la religión es el más grande, el único interés del hombre, al cual hay que subordinar todas las afeciones, todas las pasiones, hasta las más legítimas. Felipe tomó esta enseñanza al pie de la letra; él, el monarca más poderoso del siglo XVI, escribe: «Antes de consentir la menor cosa que cause perjuicio á la religión ó al servicio de Dios, perderé todos mis Estados, y perdería cien vidas, si las tuviese, porque no me propongo, ni quiero ser señor de herejes» (3). Estas palabras no eran una vana fanfarronada. Felipe II obró de la misma manera que hablaba. Luchó toda su vida para restablecer la fe católica en la más rica de sus inmensas posesiones. Los Países Bajos eran el verdadero Perú del Rey de España (4); por su furor religioso, Felipe perdió la mitad de ellos y arruinó la otra mitad. El Emperador de Alemania, más moderado y perspicaz, le aconsejó la pru-

(1) BOUCHER, *Apología de J. Chatel (Memorias de CONDÉ)*, t. VI, p. 118.

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. VIII, p. 356.

(3) GACHARD, *Correspondencia de Felipe II*, t. I, p. 446.

(4) ALBERI, *Relazioni*, I, 3, p. 357: «Questi sono li tesori del re di Spagna, queste le miniere, queste l'Indie» (MICHELE SORIANO).

dencia y la dulzura. Era una época en que las concesiones hubieran podido salvarlo todo. Felipe respondió que lo que hacía era para conservar y propagar la fe católica, y que no procedería de otro modo, aún cuando en ello arriesgase la soberanía del país, aún cuando cayese el cielo sobre su cabeza: «Ningun respeto humano, dice, ninguna consideración de Estado, en fin, ninguna cosa de este mundo podrá hacerme desviar nunca un solo paso del camino que sigo y trato de seguir siempre en esta materia, con tanta firmeza, que no solamente no aceptaré consejo ni suggestion en sentido contrario, sino que lo escucharé con disgusto» (1).

El Duque de Alba escribe á Catalina de Médicis: «Que valia más tener un reino arruinado, conservándolo para Dios y el rey por medio de la guerra, que obtenerlo por completo sin guerra para el demonio y los herejes sus secuaces» (2). No puede expresarse con más energía la política de Felipe II; pero el Duque de Alba no sospechaba que estaba profetizando el porvenir de España. Las ideas de la Reforma penetraron también en la Península. Era la luz del sol que venía á disipar las tinieblas de la Edad Media. Como España era la ciudadela del catolicismo, el Papa dió la voz de alarma; dió poderes extraordinarios á la Inquisición, autorizándola para perseguir á todos los herejes, aún cuando fuesen obispos ó arzobispos, reyes ó emperadores. Felipe II, instrumento dócil de la Iglesia, se convirtió en ejecutor de las altas obras del Pontificado; hubiera arrojado á su hijo á la hoguera, si le hubiera encontrado culpable de herejía. Los historiadores católicos aplauden esta sangrienta persecución: «Fue agradable al cielo, dice Pallavicini, y provechosa para España; bastaron algunas gotas de sangre oportunamente derramadas para extirpar el veneno de la herejía, al paso que la Francia, por haber sido tratada con más dulzura, se vió obligada á derramarla á torrentes» (3).

(1) GACHARD, *Correspondencia de Felipe II*, t. II, p. 27, 58.

(2) GACHARD, *Correspondencia de Felipe II*, t. I, p. 609.

(3) PALLAVICINI, *Hist. Concilii Tridentini*, XIV, 11, 2: «*Et ea profecto severitas non cælo solum, sed regno etiam profuit: quando quidem pro singulis sanguinis guttulis tum emissis ex Hispania, semper postea incolumi, Gallia mollioris chirurgiæ vitio principalibus totidem venis fluvios profudit.*»

Sin embargo, cuando el sabio jesuita escribió su apología del concilio de Trento, la España estaba ya recogiendo los frutos del celo religioso de Felipe; marchaba á grandes pasos hácia una decadencia de la cual, á pesar de heróicos esfuerzos, no ha conseguido aún rehacerse. Y es que no hay libertad posible con el catolicismo, y no hay vida sin libertad.

Considerando las cosas desde el punto de vista católico, ni siquiera es posible dirigir una acusación á Felipe por la ruina de España. Si es verdad que el catolicismo es la religion revelada, no hay más remedio que decir: «perezcan los reinos y los imperios ántes que la fe.» Pero la decadencia fatal que por todas partes acompaña á la dominación exclusiva de la Iglesia católica, ¿no debe inspirar alguna duda sobre la verdad absoluta de que se dice órgano? La duda aumenta cuando se sigue al héroe del catolicismo en su vida privada y pública. Que Felipe II haya sido un creyente sincero, nunca ha sido puesto en duda; al ver su celo por la fe, se le creeria un santo. Pero ¿qué es la fe del Rey de España? El árbol se reconoce por sus frutos, dice la Sagrada Escritura; la religion debe penetrar en los más profundos repliegues del alma y santificar al hombre interior, ó no merece el nombre de religion. Y ¿qué es el catolicismo para la inmensa mayoría de sus adeptos? Nada más que un conjunto de prácticas exteriores que no tienen influencia alguna sobre la moralidad. Tal era la religion de Felipe II. Escribió al Duque de Alba para prohibir la exportación de las reliquias: «Indudablemente, dice, la intercesión y las oraciones de los santos han sido la principal causa de que la fe católica se haya conservado en los Países Bajos» (1). Un historiador moderno considera como un gran mérito de Felipe II el no haber perdonado cuidados ni gastos para recoger las reliquias pisoteadas por los reformados y para trasladar á España estos tesoros de la fe (2). Pues bien, veamos la vida de este recolector de osamentas.

Un enviado veneciano escribe en 1584: «Felipe II es muy devoto, confiesa y comulga várias veces por año; hace oración to-

(1) GACHARD, *Correspondencia de Felipe II*, t. II, p. 211.

(2) FALLOUX, *Historia de San Pio V*, c. 14.

dos los dias y quiere conservar pura su conciencia. Se cree que su mayor pecado es el de la carne. Hay en la córte varios señores que pasan por hijos suyos....» (1). Aquel santo varon pasó toda su vida en adulterio, y éste es el menor de sus pecados. En su inmortal apología el príncipe de Orange le llama asesino, y ha conservado este nombre, á pesar de los esfuerzos hechos por sus defensores para reformar el juicio de la Historia sobre el héroe del catolicismo. Apelan á los testimonios descubiertos por el celo histórico de nuestros tiempos. Admitido. Estos mismos testimonios prueban que la vida de Felipe II fué un abismo de inmoralidad; á medida que se penetra en ella se descubren nuevos crímenes.

II.

Detengámonos un momento en la lamentable historia de Antonio Perez. Felipe II ordenó á su secretario íntimo que hiciese morir á Escobedo. El único crimen de aquel desgraciado era la confianza de D. Juan, el ilustre vencedor de Lepanto. En su negra envidia, el Rey suponía mil proyectos culpables á su hermano y á aquel que era su consejero. Escobedo murió asesinado. El Rey tranquilizó su conciencia, consultando á su confesor. Se asusta uno cuando lee los consejos que el sacerdote dió al rey á quien estaba llamado á guiar por el camino de la salvación. El hermano Diego fué de opinion «que el soberano disponia de la vida de sus súbditos, que podia ordenar su muerte sin observar ninguna de las formas de justicia, puesto que estas formas no obligaban al que tenía el derecho de dispensar de las leyes.» Felipe II exigió á Antonio Perez su palabra de gentil hombre de que nunca tendria que temer por las consecuencias de aquella muerte, y le prometió no abandonarle jamas. Pero el Rey adúltero llegó á descubrir que tenía en su secretario un rival afortunado; desde aquel momento olvidó sus juramentos y empleó toda su astucia en perder al cómplice de su crimen sin comprometerse á sí mismo. Perez fué reducido á prision, y acusado como culpable de la muerte

(1) MIGNET, *Antonio Perez y Felipe II*, c. 2, p. 71.

de Escobedo. El ministro poseía papeles que le justificaban comprometiendo al rey; para obligar al acusado á desprenderse de ellos, se prendió á su mujer y á sus hijos, y se los amenazó con una prision perpétua, sin más alimento que algunas onzas de pan por día, si no se entregaban los papeles. Perez cedió, pero, más astuto aún que su pérfido señor, supo conservar los documentos más importantes para su justificación. Por último, la venganza régia estalló. Perez, enfermo á consecuencia de una detención de once años, fué sometido al tormento; vencido por el dolor, después de haber pasado por ocho vueltas de torniquete, se confesó culpable de la muerte de Escobedo. ¡Tal era la justicia del rey católico! Perez no tenía más que un medio de salvación, la fuga; consiguió huir á Aragon, en donde encontró un tribunal independiente. Aun allí le persiguió Felipe. Entonces Perez de acusado se convirtió en acusador, y publicó su terrible *Memorial* con pruebas justificantes. El rey, sabiendo que era segura la absolución de su víctima, desistió de su demanda. Sin embargo, Felipe no renunció á su venganza y recurrió á la Inquisición. El santo tribunal estaba demasiado acostumbrado á estas cosas para retroceder ante una muerte jurídica. Para huir de la hoguera, Perez se vió obligado á abandonar el suelo de su patria. La venganza del rey le siguió al extranjero. Varios asesinos atentaron á la vida de Perez en el reino de Navarra, en Inglaterra y en Francia. ¿Quién pagó á los asesinos? El rey católico (1).

Se dirá que el catolicismo no es culpable de estos extravíos. Pero explíquenos cómo un hombre tan celoso por la fe católica, que llevaba sus sentimientos religiosos hasta el más ciego fanatismo, se manchaba con todos los crímenes sin cargo de conciencia al parecer! Hay, pues, una religion que, en lugar de desarrollar el sentido moral, lo altera y lo falsea; una religion que hace consistir la virtud en la práctica de ciertos actos exteriores; una religion para la cual el mayor mérito del fiel consiste en ser el instrumento ciego de la dominación sacerdotal! Esta religion puede efectivamente conciliarse con una vida de desórdenes y de crímenes. Esta fué la religion de Felipe II. Nos admira hoy la

(1) MIGNET, *Antonio Perez*, p. 60, 112, 155, 179-182, 206, 210, 300, 314, 318.

tranquilidad de aquel hombre que hubiera merecido estar en presidio más bien que en un trono; pero es porque olvidamos que tenía á su favor la autoridad de su confesor y la autoridad mayor de un tribunal llamado santo. Vamos á ver más aún, una tentativa de asesinato en la cual el Rey católico tuvo por cómplice á un Papa canonizado.

Pío V escribe á Felipe II: « Nuestro querido hijo Ridolfi, Dios mediante, expondrá á Vuestra Majestad, á solas, ciertas cosas de no escaso interés PARA EL HONOR DE DIOS OMNIPOTENTE, y utilidad de la república cristiana. Pedimos y suplicamos á Vuestra Majestad que le conceda sobre este particular y sin vacilación la mayor confianza, y le conjuramos, principalmente por su reconocida piedad, que tome con empeño el asunto de que va á tratar con Vuestra Majestad, y le facilite todos los medios que juzgue propios para su ejecución. DESDE EL FONDO DE NUESTRO CORAZON ROGAMOS Á NUESTRO REDENTOR QUIERA POR SU MISERICORDIA CORONAR CON BUEN ÉXITO LA EMPRESA QUE SE PROYECTA PARA SU GLORIA Y EN SU HONOR. » ¿Qué propuso aquel querido hijo en Jesucristo al Rey de España? ¿Cuál era el proyecto que en tan alto grado interesaba al honor de Dios, y para cuya ejecución el Vicario de Cristo invocaba el auxilio de la Providencia y el apoyo de Felipe II? Sería sin duda alguna obra santa, alguna cruzada contra los Turcos, ó alguna liga contra los protestantes? Tratábase ciertamente del protestantismo, y los ataques del Papa iban dirigidos contra la Reina que se decía ser su defensora; pero ¡con qué armas, gran Dios! Los católicos dicen que se los calumnia cuando se los acusa de que justifican los medios más criminales por la santidad del fin. Escuchen, pues, cómo un Papa, un santo, propone una conspiración contra Isabel de Inglaterra, terminando estas tenebrosas intrigas con un proyecto de asesinato!

Ridolfi fué interrogado en el Escorial sobre la empresa que venía á proponer de parte del Papa; sus respuestas fueron escritas por la mano misma del secretario de Estado: ¡SE TRATABA DE MATAR Á LA REINA ISABEL! Ridolfi expuso los detalles del golpe que meditaba. Abrióse luego deliberación en el consejo de Estado; se examinó si convenia matar ó prender á la Reina; se discutió cómo debía llevarse á cabo el golpe, y si sería preciso acudir

en auxilio de los conjurados. El gran inquisidor, cardenal arzobispo de Sevilla, sostuvo que era preciso ayudar á los conjurados, y declarar que el movimiento se llevaba á cabo de conformidad con la bula del Papa. El duque de Feria prefería fundarse en el derecho que la reina de Escocia tenía á la sucesión del reino de Inglaterra. Hubo algunos debates sobre las dificultades de la empresa; el nuncio del Papa tranquilizó al Rey, presentándola como muy fácil (1). ¡En aquel consejo en que tenían asiento obispos y cardenales, ni una voz se levantó contra el proyecto de asesinato! Felipe aplaudió y no tuvo ni sombra de escrúpulo, ¿qué digo? ¡vió la mano de Dios en aquel abominable complot! El Rey católico comunicó el proyecto de los conjurados al duque de Alba; entró en los detalles, y dice en todas las cartas que se trataba de *matar á la Reina*. Añadió (citamos textualmente): «*El santo Padre, á quien Rídolphi ha dado cuenta de TODO ha escrito al Rey y le ha hecho decir por medio de SU NUNCIO que considera este asunto como de la más alta importancia para EL SERVICIO DE DIOS Y EL BIEN DE SU IGLESIA; SU SANTIDAD LE OFRECE SU ASISTENCIA, Y ESTÁ DISPUESTO, POR POBRE Y ARRUINADO QUE SE ENCUENTRE, Á EMPLEAR EN ESTA EMPRESA LOS CÁLCICES DE LAS IGLESIAS Y HASTA SUS VESTIDURAS.*» El Papa, prosigue el Rey, había propuesto que la empresa se llevase á cabo en su nombre y como ejecución de la sentencia dictada contra Isabel; su oferta no ha sido admitida, á fin de dejar á un lado las pretensiones de la Sede Apostólica sobre Inglaterra é Irlanda. Esta rivalidad política no impidió á Felipe declarar que se encontraba obligado á ayudar al proyecto POR SUS DEBERES RESPECTO DE DIOS! La libertad de la Reina de Escocia era el objeto aparente; el objeto real, era el restablecimiento de la religión católica. Sin dejar de aprobar la conjuración, el duque de Alba hizo algunas objeciones sobre su oportunidad. El Rey insistió: «SE TRATA DE LA CAUSA DE DIOS, dijo. ¡DIOS PROTEGERÁ ESTA SANTA EMPRESA!» Felipe estaba tan persuadido de que Dios dirigiría

(1) MIGNET, *María Estuardo*, c. 8.

AQUELLA SANTA EMPRESA, COMO SUYA PROPIA, que declaró que nada le haría desistir de ella (1).

Hé aquí, pues, la insurrección, la traición, el asesinato, elevados á la altura de una inspiración divina! En efecto, ¡se trataba de la causa de Dios, porque la causa de la Iglesia es la causa de Dios! ¡Hasta cuándo se dejarán los pueblos engañar por esos pretendidos vicarios de Dios, por esos santos personajes que dicen que poseen la verdad absoluta, que se proclaman infalibles, y que son tan ciegos que cometen con tranquilidad de conciencia actos por los cuales nuestros tribunales los enviarían al patíbulo! Lo más espantoso de estos extravíos es que los culpables no eran hombres sanguinarios; el fanatismo solamente los hizo criminales. Pío V practicaba todas las virtudes cristianas; es un asceta en el trono; la Iglesia lo ha canonizado, y un escritor distinguido, católico ardiente, ha podido presentarlo con alguna verdad como el tipo del santo, aunque cuidando de dejar en la sombra los crímenes á que el celo religioso arrastró á su héroe (2). No harémos á Pío V la injuria de compararlo con Felipe II; sin embargo, el Rey de España no era lo que ciertos historiadores han querido hacer de él, *el demonio del Mediodía*. Escribe á su hermana, la duquesa de Parma, «que se inclina por naturaleza á tratar á sus vasallos y súbditos más bien con amor y clemencia que por medio del miedo y del rigor» (3). Escribe al emperador Maximiliano que su carácter natural es conocido en todo el mundo, que en todas sus acciones ha demostrado que prefería la dulzura á la violencia (4). Si Felipe llegó á ser cruel, implacable, fué gracias á las enseñanzas de una religión fanática. ¿No enseña el catolicismo que la *crueledad* respecto de los herejes es la verdadera *humanidad*, y que la *humanidad* que se practica con ellos es una verdadera *crueledad*? Felipe II, hijo sumiso de la Iglesia, aprendió estas lecciones.

(1) GACHARD, *Correspondencia de Felipe II*, t. II, p. 185, 187, 191, 192, 195, 197, 199.

(2) FALLOUX, *Historia de San Pío V*.

(3) REIFFENBERG, *Correspondencia de Margarita de Austria*, p. 100, 103.

(4) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, primera serie, Suplemento, p. 46.

III.

La creencia de Felipe II, su creencia sincera, era que no había más que un medio de vencer á los herejes, la fuerza: «Esa canalla, escribe á *Granvelle*, no cede más que á la violencia; y áun este medio no siempre da resultado» (1). A Felipe II debe acusarse, más bien que al duque de Alba, de haber cubierto de sangre los Países Bajos. Cuando se trata de los herejes, el Rey no tiene nunca más que palabras de cólera, órdenes de rigor (2); se alegra por el suplicio de los sectarios, como se alegra de una buena obra (3). Diríase que es un inquisidor envejecido en el ejercicio de sus espantosas funciones. Cuando Carlos V recomendó desde el fondo de su retiro el castigo severo, inexorable de los cristianos que leían la Biblia, Felipe II escribió al márgen de la carta del Emperador: «Besadle las manos por lo que prescribe sobre este particular» (4). ¡Es una efusion de felicidad! ¿Se quiere saber cual fué el día más feliz de la larga vida del rey de España? El día en que recibió la noticia de la noche de San Bartolomé; ¡fué la única vez en que se le vió reír de véras! (5) La furia francesa habia sobrepujado en una matanza á la lenta y fria crueldad de Felipe II!

Sin embargo, Felipe II tenía tambien su mérito; hacía al pié de la letra el oficio de inquisidor, con gran admiracion del jesuita *Estrada*. El Rey llevaba nota de los herejes, y daba conocimiento á la Gobernadora de los Países Bajos del lugar en que se ocultaban, de su edad y de su estatura; en suma, verdaderas denun-

(1) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. VI, p. 421.

(2) Felipe escribe á GRANVELLE que le causará gran placer y le prestará un eminente servicio, cuidando de que el margrave de Amberes castigue á los herejes con todo el rigor y toda la diligencia posible. (*Papeles de Estado*, t. VII, p. 333, 339.)

(3) GRANVELLE, t. VI, p. 378: «Mucho he holgado de entender las justicias que se hicieron en Enveres de los dos calvinistas y el anabaptista.»

(4) GACHARD, *Carlos V*, t. I, p. 302, nota.

(5) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, Suplemento, p. 125.

cias de *polizonte* (1). No faltaba nada á las virtudes católicas de Felipe II. La Inquisicion, al entregar sus víctimas á los jueces seculares, las recomienda á su indulgencia; esta recomendacion significa que los desgraciados deben ser arrojados inmediatamente á la hoguera. El Rey de España rivalizó en hipocresía con el santo tribunal; miente y engaña sin el menor escrúpulo, porque miente y engaña por interes de Dios. En 1566 escribió á la duquesa de Parma que podia dar á los confederados y á los Belgas la seguridad de un perdon general, así como de la abolicion de la Inquisicion. Inmediatamente despues protestó por medio de un acta ante escribano que no habia hecho aquella promesa con libertad, que no se creia obligado por su palabra y que se reservaba el derecho de castigar á los insurrectos. Despues escribió á su embajador en Roma que no tenía que inquietarse el Papa por la abolicion de la Inquisicion, porque esta abolicion, hecha sin consentimiento de la Santa Sede, era nula; que el Papa no debia tampoco escandalizarse por la amnistía que acababa de conceder, porque, cuando se tratase de poner en ejecucion sus promesas, él sabria distinguir bien entre los crímenes que podia perdonar y los crímenes contra Dios, cuyo perdon no estaba en sus facultades (2). Hé aquí las restricciones mentales en su bello ideal: no son una invencion de los jesuitas; las ha inventado el fanatismo católico para mayor gloria de Dios!

¿Se nos dirá todavía que hacemos á la religion responsable de los crímenes y de los excesos de un rey? Lo que nosotros llamamos excesos, lo que condenamos como crímenes, los ministros de la Iglesia en el siglo XVI lo exaltaban como una virtud, como una imitacion de los ejemplos que Dios presenta á los fieles en la Sagrada Escritura. Escuchemos á fray Lorenzo, el ermitaño de Jerez; escribe á Felipe II: «*Suplico á Vuestra Majestad en cuanto puedo, que no tenga conmisericordia alguna con los herejes, que son*

(1) STRADA, *de bello belgico*, lib. IV: «*Ut mirum profecto sit, principem in tam multas distractum diversumque regnorum curas, huic rei quasi per otium vacasse; inquirendisque hominibus plerumque obscuris, sollicitudine etiam in privato cive admiranda, cogitationem manumque flexisse.*»

(2) GACHARD, *Correspondencia de Felipe, II*, t. I, Prólogo, p. CXXXIII y página 446.

los crueles enemigos de Jesucristo. EL SANTÍSIMO REY DAVID NO TENÍA PIEDAD ALGUNA PARA LOS ENEMIGOS DE DIOS; LOS MATABA TODOS, SIN PERDONAR HOMBRE NI MUJER. MOISES EN UN SOLO DÍA INMOLÓ 3.000 HOMBRES DEL PUEBLO DE ISRAEL. UN ÁNGEL EN UNA NOCHE DIÓ MUERTE Á MÁS DE 60.000 ENEMIGOS DE DIOS. *En esto no fueron crueles, sino que no tuvieron piedad de gentes que no miraban por el honor de Dios.* VUESTRA MAJESTAD ES REY COMO DAVID, CAPITAN DEL PUEBLO DE DIOS, COMO MOISES, ANGEL DE DIOS, *pues así llama la Escritura á los reyes; SON ENEMIGOS DE DIOS VIVO, ESOS HEREJES, ESOS BLASFEMADORES, ESOS SACRÍLEGOS, ESOS IDÓLATRAS, ESAS FIERAS, que acabarán sin duda de destruir el santuario de Dios en los Países Bajos, si no se remedia á tiempo una calamidad tan funesta y tan lamentable.* Al santo varon le da casi vergüenza de no pedir al Rey más que *dos mil cabezas.* Espera que esto bastará para extirpar el mal (1).

Y no se crea que estas palabras sean de algun loco furioso: fray Lorenzo es el órgano de los sentimientos generales que dominaban en el mundo católico. El Papa Pío V, cruel como un inquisidor, sentia un odio implacable contra la herejía; no pudiendo vencer á la herejía más que matando á los herejes, juró una guerra á muerte, sin piedad ni misericordia, á los desgraciados sectarios: «Le inflamaba el celo de la religion, dice uno de sus panegiristas; como el rey profeta, exclamaba: *¿no debo odiar, oh Dios mio, á los que tu odias? Los odio con un odio perfecto*» (2). Si la crueldad es una virtud, la clemencia es un pecado, cuando el culpable es enemigo de Dios: así lo dijo el cardenal Espinosa á Felipe II cuando la condesa de Egmont pidió gracia para el vencedor de Gravelinas (3). Felipe II, el inquisidor coronado, no estaba todavía á la altura del odio clerical; al ménos, las dilaciones españolas impacientaban al Soberano Pontífice. Pío V excitó, reprendió al Rey de España (4). Aquel vicario de Cristo necesita un hacha que hiera y una hoguera que reduzca á cenizas al hereje y á la herejía. El Papa encontró un hombre á medida de su de-

(1) GACHARD, *Correspondencia de Felipe II*, t. II, Prólogo, p. 43-45.

(2) MURETUS, *Orat. XX* (t. I, p. 162).

(3) OSSORIO, *Vita Albæ*, p. 282.

(4) GACHARD, *Correspondencia de Felipe II*, t. I, p. 488.

seo en el verdugo de los Países Bajos. San Pío manifestó su satisfacción por las matanzas del duque de Alba, enviando á su querido hijo en Jesucristo una espada bendita, «que es un presente, dice *Brantome*, y honor que los papas acostumbran dar á los grandes príncipes é ilustres capitanes que han combatido con valor por la Iglesia y han salido victoriosos» (1). Tales eran las excitaciones que partian de la Santa Sede para fanatizar al más fanático de todos los príncipes: ¿nos admiraremos, si el sentido moral de Felipe II se pervirtió por completo? El Rey de España y su digno instrumento el duque de Alba tenian chistosas ocurrencias respecto de las ejecuciones de los herejes en los Países Bajos (2). Cuando el emperador Maximiliano le escribió en favor de las víctimas, grande fué el asombro de Felipe al tener que justificarse; ¡él habia esperado felicitaciones! (3).

He aquí al hombre, he aquí al príncipe á quien los escritores católicos presentan en el siglo XIX como el modelo, el tipo ideal de un rey. Sí, merece el título de salvador del catolicismo, que es el honor más grande á los ojos de los creyentes; sí, merece el título de rey católico por excelencia. Pero estos títulos de gloria son la condenacion del catolicismo y de la Iglesia. El Rey, cuya religion se elogia, era un supersticioso, un fanático inquisidor; su fe no le impidió ser adúltero; ¡cosa horrible! su fe lo hizo asesino! ¿Qué dirémos, pues, de los insensatos que pretenden rehabilitar á Felipe II para volver á llevar á la humanidad á un pasado imposible? Cuando Dios quiere perder á álguien, primeramente le quita la vista.

(1) BRANTÔME, *Vidas de los grandes capitanes*.—Pío V escribió al duque de Alba: «Continuad, mi querido hijo, acumulando esas buenas acciones, como grados que os conducirán á la vida eterna.» (DE POTTER, *Cartas de Pío V*, página 14.)

(2) PRESCOTT, *History of the reign of Philip the second* (lib. III, c. 3).

(3) GACHARD, *Correspondencia de Felipe II*, t. II, p. 55.